



Texto:
David Rubio

Sakura

MICRORRELATOS

Tan solo una señora paseando al perro y un par de taciturnos trajeados rumbo a la oficina. Aquello no era como en las fotos. Ni un alma en el Camino del Filósofo. Puede que el escenario se presentara ideal para una pareja de entusiastas viajeros, pero faltaba el elemento esencial del encuadre soñado, el color que dominaría la composición, aquello que habían venido a buscar: los cerezos en flor.

Miguel sacaría todos sus objetivos de la maleta y se pasaría al menos una hora creyéndose fotógrafo profesional: poniendo el trípode aquí o allá, probando distintos filtros, buscando el reflejo del agua y gruñendo cada vez que un espontáneo se colaba en su sesuda composición.

Julia posaría para las primeras fotos de Miguel y, una vez cubierto el expediente, le dejaría en su mundo mientras ella

exprimiría al máximo la cámara frontal de su móvil, la mejor del mercado para selfies, al menos aquella primavera-verano. Y no tardaría ni cinco minutos en subir su mejor posado a su cuenta de Instagram, rodeando su risueño rostro de un deslumbrante nimbo rosado, además de algún mensaje más o menos engolado para terminar de ganarse cientos de likes.

Tras terminar la sesión, Miguel y Julia compartirían sus triunfos, intercambiando pantallas y elogios, y solo al final, antes de poner rumbo al siguiente checkpoint de la lista viajera, se harían un selfie en pareja, tal vez con un piquito, para mandar a la familia: «estamos en Kioto, en el Camino del Filósofo, disfrutando del sakura. Es como un sueño».

Pero no, el sueño no afloró. Llegaron tarde. Todo había ido demasiado rápido aquella primavera. Ni siquiera había pétalos en el canal, como había fantaseado Miguel: la imagen perfecta, el reflejo de las flores de los árboles en el agua, y los pétalos flotando, como un fluido rosa. Pero no. Ni fuerzas tuvieron para discutir un rato: «no te encargabas tú de seguir las indicaciones de la Agencia Meteorológica de Japón, ¡nunca falla!». «No, tú dijiste que...». «No, no, tú dijiste que...».

En vez de eso no dijeron nada, caminaron por el sendero como filósofos apesadumbrados que no encuentran la respuesta, como un matemático al que no le salen las cuentas, como un fotógrafo que se queda sin batería. Vacíos.

Hasta que se apoyaron en la baranda de piedra de uno de los puentes que cruza el canal y se quedaron absortos, mirando el cimbreado verdor de los árboles, escuchando el manso rumor del agua, percibiendo el aroma sensual de la primavera. Y entonces se besaron, pero de verdad, con los ojos cerrados, sin mirar de reojo el encuadre.

Un beso húmedo, largo y carnoso. Y justo en ese momento, un pétalo rosa, quizás el último de aquella primavera, cayó del árbol que había sobre ellos. Se hizo de rogar, planeando, arriba y abajo, mecido por el viento. Pero Miguel y Julia no lo vieron. Seguían besándose.

